

El nacido en la tierra del petróleo no quiere trabajar. Un nuevo espécimen está ya en circulación, el empleado que hace que trabaja, y se la pasa leyendo y conversando. El ausente sobre todo los días lunes. El que permanece en sus quehaceres privados, provisto de un reposo médico. El funcionario de frecuentes viajes al exterior. Existe ya una anti-moral del trabajo. Trabaja quien quiere agradar al jefe. Trabaja el adulate. Trabaja el obsesivo, para quien el trabajo es una especie de droga. Trabaja sobre todo, y en cualquier tipo de trabajo, el extranjero, quien recibe en moneda fuerte mejor retribución que en su país de origen.

Muchos son los extranjeros que han ingresado al país como consecuencia del boom petrolero. El flujo de inmigrantes del área mediterránea no es hoy el más marcado. En los años del boom, las corrientes inmigratorias más fuertes proceden del área del Caribe (República Dominicana, Cuba y Antillas inglesas), del cono sur (Argentina, Chile y Uruguay) y de la zona andina (Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia).

Estos tres tipos de inmigración contribuyen a aportar nuevos elementos al carácter cosmopolita de las grandes ciudades. Aquí vamos a subrayar las consecuencias de la inmigración de los países andinos por ser homogénea, muy numerosa y haberse distribuido igualmente por todo el país, en las ciudades y en las zonas rurales.

En Venezuela, el centro político y económico del país está en la región central, determinada por una geografía de costa y de llanos. El hombre nómada y abierto, risueño y conservador, confiado, directo, dotado de franqueza y espontaneidad, es el que hasta el momento ha determinado la tipología de la región central histórica y económicamente importante. Los líderes militares y políticos andinos que han gobernado en este siglo, ignoraron su región de origen y se integraron como pudieron a la Venezue-

la llano-costera.

He aquí que existe una cuarta parte de la población formada por inmigrantes procedentes de países antropológicamente tan distantes como los Andes colombianos, ecuatorianos y peruanos. Esa población nueva, activa y diseminada por toda Venezuela, pesa cuantitativa y cualitativamente. Cuatro millones es proporcionalmente mucho en una nación de dieciséis millones de habitantes.

Los resultados de esta inmigración masiva son algunos de índole netamente social. En efecto las labores agrícolas y de pastoreo van pasando a manos de estos nuevos y decididos trabajadores de la tierra. El campesino venezolano se traslada, siguiendo a sus hijos, a las grandes ciudades. La fisonomía del agro venezolano perderá su tipicidad y tomará los rasgos de los nuevo colonos. En las fábricas, talleres y transporte se va abriendo paso esta nueva mano de obra, más diligente y dócil. Los empresarios de la siderúrgica en Guayana contratan masivamente mano de obra importada no calificada. Su única calificación es la de ser extranjeros conformes y dinámicos. El trabajador venezolano, indolente y superprotegido por los gremios, representa una mengua en el proceso de producción, y es así desplazado por otros que ofrecen sus fuerzas incondicionalmente en el mercado de trabajo. Quedan los servicios terciarios, las conserjerías, los servicios domésticos, los vigilantes, es decir todo lo exigente agobiante y escasamente recompensado. Ahora el venezolano rehuye estas ocupaciones que son ya coto reservado para los inmigrantes, quienes perpetúan modos arcaicos de servicio en una sociedad de nuevos ricos.

Los efectos de orden social pueden resumirse en acentuar el desplazamiento del campo a la ciudad, incrementar la actitud de rechazo al trabajo y finalmente consagrar la vanidad y novedosa arrogancia de quienes hasta hace poco no tuvieron nada y pueden ahora dispo-

ner de servidumbre. Existen, además otros efectos de orden tipológico, que van a repercutir en las actitudes fundamentales y en el comportamiento. Entré el hombre de la montaña y del llano-costa hay grandes disimilitudes. Estas ahora van a estar frente a frente, y la ambigüedad primero y el predominio posterior de alguna de ellas va a configurar la fisonomía humana de Venezuela. El hombre de la costa-llano es abierto, franco, directo, risueño, olvidadizo, dado al presente, optimista, expansivo, actual. El hombre de la montaña, en cambio, es cerrado, reservado, habla y mira de soslayo, melancólico, introvertido, comprometido con el pasado, resentido, vengativo, astuto, simulador, de hablar exagerado, defensivo, ocultador, imprevisible, doblado. Como se ve, tipológicamente es el polo opuesto. Hasta ahora no hay enfrentamientos abiertos. Precisamente, el hombre de los Andes se afirma únicamente dentro de su propio habitat, en primer lugar su casa. En público, en la calle se propone y logra ser disimulado y pasar inadvertido. El que esta legión no se note es el fruto de su talante de simulación, cautela y encubrimiento. De esto ya hay antecedentes con lo ocurrido con los inmigrantes asiáticos y con los mismos andinos del Ande venezolano quienes en público actúan discretamente. ¿Qué pasará cuando sean mayoría? Venezuela perderá su similitud con el área del Caribe y será una prolongación de las montañas de la Costa del Pacífico. Benéfico o no para las estructuras regionales como la del Pacto Andino, este cambio tipológico representará una ruptura con el pasado cultural y demorará la solución del caso de la identidad nacional.

Un nuevo venezolano está surgiendo a consecuencia de este boom petrolero. Sus delineamientos no son muy claros y dejan entrever desplazamientos, sustituciones y el ingreso de nuevos y poderosos elementos difíciles de asimilar.

Los otros venezolanos

JEAN PIERRE WYSSENBACH

No los del facilismo. Sino los del difícilismo. O como decía Zapata, no los "tabarato", sino los "tacarísimo". No los de "Soy un delincuente". Sino los de "La empresa perdona un momento de locura".

Los que desde las tres de la madrugada tienen al mercado de Coche en

plena actividad. Donde descargan los camioneros del interior. Donde portugueses y criollos de los abastos compran la mercancía que van a llevar a sus negocios.

A las tres también madruga la señora María. Va para "El Nacional", "El Universal", "Últimas Noticias". Y como

ella tantos repartidores de periódicos en kioskos.

Temprano empieza a trabajar la señora Berta. Fríe las empanadas que venderá en El Silencio. Se lleva con ella sus muchachitos, para que la ayuden, porque no tiene a nadie con quien dejarlos.

Desde las cuatro de la mañana se oye en los callejones de los cerros a los trabajadores que bajan hablando para agarrar el transporte que los llevará al trabajo al otro extremo de la ciudad. No pueden faltar. Tres días al mes que no lleguen a tiempo para marcar tarjeta y pueden perder su trabajo. Y como están las cosas hoy día...

En la parada los esperan los choferes de jeeps y carritos. Hasta las seis de la mañana el tránsito fluye. Después ya empieza a trancarse y hay peligro de llegar tarde.

En El Silencio ya trabajan vendedores de periódicos, de empanadas de carne, de queso, de cazón, de casi nada, según los precios. Panaderos, cafeterías, cualquier cosa para quitar el hambre o darse ánimo para el trabajo.

A las siete ya habrá muchos comenzando la jornada de trabajo. En la que muchas veces no cabrá ninguna flojera. Como los obreros de aquella fábrica de dulces que lograron en el último contrato los sábados libres. Y el jefe les subió la velocidad de la máquina, para que en 5 días produzcan como antes en 5 y medio.

Una jornada de trabajo que a veces no tiene fin. Como la de Ana Agustina, que cuando termina de coser en una fábrica va a limpiar oficinas. Y como ella tantas que limpian oficinas después de haber trabajado como los demás todo el día. Como las maestras que trabajan dos turnos. O como las enfermeras que se cansan mucho más trabajando dos turnos seguidos para ganar mucho menos. Y tantas secretarías y tantos oficinistas que siguen estudiando después de una jornada completa de trabajo.

O como la señora Patricia, que tiene tres trabajos distintos todos los días, para sacar adelante a sus hijos, alimentarlos y darles estudios.

Como esos hombres que en su vida han conocido toda clase de trabajos. Que sin ninguna preparación especial, porque antes no había esas cosas, han hecho prodigios de imaginación para sobrevivir con su familia. Buscando desesperadamente un trabajo, mientras la sociedad les decía que ser vivo es saber vivir sin trabajar.

Y para muchos, la jornada de trabajo no termina el viernes. El fin de semana el pobre tiene que pensar en construir su casa y su barrio. La Constitución Nacional garantiza a todos los venezolanos el derecho a la vivienda. Suena muy duro decir que todos los últimos gobiernos han sido en este punto "inconstitucionales", porque no han garan-

tizado ese derecho. Más de cuatro millones de venezolanos viven en ranchos. Con parte de sus salarios van comprando materiales de construcción. Esperan sus vacaciones para ir construyendo su casa. Cuando haya que hacer una platabanda ofrecerán a los vecinos un sancocho, para trabajar en cayapa. También ellos colaborarán cuando le toque el trabajo a un vecino. Y en los fines de semana irán dando los últimos toques a la casa. Todo trabajo extra. Aparte del trabajo normal para sobrevivir.

Y el barrio no es sólo casas. Hay que hacer además la traída de aguas, las cloacas, las calles, las escaleras. Hay que buscar los materiales. O ponerlos con la colaboración de todos, cuando la gente se harte de pedir como limosna lo que les corresponde en justicia.

Y las emergencias. Vivimos en una sociedad de emergencias. Que por la ley de la gravedad van cayendo hacia abajo. En definitiva van contra el pueblo. Una llamada telefónica, y el rico arregló la falta de agua. El pobre tiene que empezar a hablar con los vecinos, ver cómo pueden reunirse, averiguar a quién tienen que dirigirse, ver cómo no pierden su trabajo, lograr que los atiendan, asegurarse que llega el camión con el agua. Y comenzar el via crucis con los tobos hacia arriba del cerro. Todo sobretiempos.

O cuando se le enferman los hijos. O los de la vecina. O cuando les llega alguien del interior. O cuando detuvieron a alguno en una redada. O cuando se quedan sin transporte por el mal estado de las vías de acceso. O cuando en las oficinas públicas los irrespetan, les hacen perder la mañana, el día, en una sola diligencia.

Y tanta otra gente, de la clase media, o de la alta, criollos y extranjeros, que realizan su trabajo con toda responsabilidad.

¿Por qué entonces esa fama de flojera? Siguen siendo inspiradoras las reflexiones de Rafael Carías (SIC 350: 445-446) que recordábamos hace unos años (SIC 389: 401-2).

Quiero terminar con el problema del equipo. Basta un cuatro mal afinado para estropear un conjunto. Hay muchísima gente excelente y trabajadora. Pero hay también muchas personas inconscientes del daño que hacen a los demás con su descuido del trabajo. La empleada que llega tarde, haciendo esperar a la gente. El jefe que no se presenta y hace que se acumulen los expedientes esperando su firma. El del INOS que descansa mientras deja el barrio sin agua. El médico que falta mientras sufren los pa-



cientes. El chofer que daña la ambulancia o el camión de aseo para no trabajar.

Nos chantajejan con llamarnos sapos si denunciamos esos casos. Pero si no lo hacemos somos cómplices de la opresión. Necesitamos imaginación para no denunciar el caso a los de arriba, sino enfrentarlo entre iguales, en equipo.

Y, para no amargarnos discutiendo con el que basa su provecho en el irrespeto de los demás, tendríamos que buscar la gente con quienes formar un equipo de trabajo. Lograr que nos dejen una escuela en la que todos los maestros vayan todos los días a trabajar todo el tiempo por los muchachos. Una sección de un hospital donde todos los médicos y enfermeras quieren servir a los pacientes. Una oficina pública donde se atienda con eficiencia a la gente.

Es cierto que el petróleo ha hecho muchísimo daño. La plata no ganada por el trabajo es cáncer. Crea parásitos.

Pero también es cierto que Venezuela sigue marchando gracias a los que trabajan. Que, aunque no parezca, son la mayoría. Pero su aporte queda muchas veces silenciado por la bulla de los irresponsables.

Mientras no es posible una solución desde arriba, les deseamos a todos esos otros venezolanos que logren formar un equipo con gente como ellos. Que vayan creando espacios de servicio a los demás, donde no se vea esa fachada de flojera, sino que se escuche la voz hasta ahora silenciada de los trabajadores.